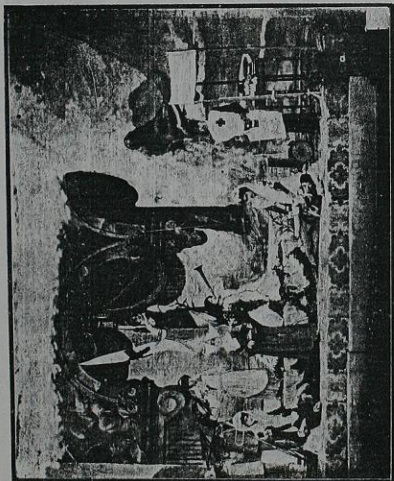


141175









quien acepta con beneplácito la generosidad de
este presente publicando en estos días, no
dudamos, en favor de estas buenas causas,
reducir a cero la venta de este periódico y
de la venta del presente mismo, para que
esta Revista

La Dirección

de la

"Revista Científica y Literaria de la
Universidad del Azuay"

Dedica al público este número extraordinario de su órgano de publicidad; y tiene la satisfacción de ofrecérselo como testimonio de su inquebrantable amor á la Patria, y como recuerdo de las memorables fechas en que se verificaron la solemne jura de la Bandera de combate del Batallón Universitario No. 31 de Reservas y la grandiosa Velada patriótica, que tan grata impresión ha dejado en el corazón de los cuencanos.

Esperamos que el Pueblo Ecuatoriano acepte con benévola generosidad la presente publicación, con la cual, no lo dudamos, se acrecentarán los fondos patrióticos, á cuyo fin está destinado el producto de la venta del presente número de esta *Revista*.

SOLEMNE BENDICION

y Jura de la Bandera

del

Batallón Universitario.

En el lote de tribulaciones con que el Cielo ha sometido á inenarrable prueba á todas y cada una de las provincias ecuatorianas, durante este período de amargas espectaciones y luctuosos acontecimientos, le ha tocado parte principal á nuestra tierra.

No bien el amago de una posible emergencia con el Perú, entenebreciera nuestro horizonte internacional, Cuenca, con el histórico tesón con que ha sostenido y sostendrá siempre el honor y los derechos de la Patria, levantó muy en alto el glorioso estandarte de su heroicidad y civismo, poniendo al servicio de la Nación su escasa fortuna y la sangre de sus leales y abnegados hijos. Ahí está su Junta Patriótica, meritisima corporación que ha extremado sacrificios y esfuerzos en pro de la unificación de la familia azuaya, y del acrecenta-

miento de los FONDOS SAGRADOS; y que, con la intensa luz de su consejo, ha iluminado los difíciles senderos de la diplomacia y la cancillería. Ahí están sus intrépidos obreros —centinelas avanzados de la justicia ecuatoriana— restando al invasor desde las faldas mismas del legendario Portete. Ahí está, en fin, su brillante juventud soportando con noble estoicidad las rudas fatigas de la vida militar, sin más anhelo que adquirir los conocimientos necesarios y volar al estadio de la lucha para fecundar con su sangre los laureles del triunfo. Esto no obstante, la gratuita animadversión de ocultos difamadores, por una parte, y, por otra, la total carencia de órganos de publicidad que contradigan y desmientan, poniendo las cosas en su debido punto, han dado margen para que la honra y justa nombradía de Cuenca sufran menoscabo en la opinión de espíritus ligeros ó mal intencionados. Por la segunda de las causales expuestas, han quedado, pues, en clamoroso olvido las elocuentes manifestaciones de entusiasmo y patriotismo de que el Azuay ha hecho gala en esta hora de crueles vicisitudes para el Ecuador. Descosos de que no corra igual suerte la imponente ceremonia religioso-militar, cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas, damos á continuación una pálida descripción de ella, á fin de que tan hermoso recuerdo viva, siquiera sea un solo instante más, en la memoria de los buenos hijos del Azuay, de los verdaderos patriotas.

El día 7 del mes p. pdo. se armó al bizarro y decidido Batallón N^o 31 de Reservas, y ordenóse su definitivo acuartelamiento. Desde entonces se dió comienzo á la seria instrucción de los universitarios, con el fin de dar

cumplimiento á la prescripción de la Ley militar, que exige de los defensores de la Patria el solemne juramento de "luchar por élla, en mar ó tierra, hasta rendir la vida." Y tan grandes fueron el entusiasmo y la constancia de nuestros inteligentes jóvenes por llegar rápidamente á su completa militarización; y fué tal el ahincado empeño que desplegaron los Jefes é instructores del prenombrado Cuerpo, que éste, en el brevísimo espacio de veinte días, llegó á rayar, por su pericia y subordinación, á la altura de un perfecto cuerpo de línea.

Se dió entonces á luz la patriótica y oportuna invitación que en seguida transcribimos:

"Los Jefes del Batallón Universitario N^o 31 de Reservas, tienen el honor de invitar á la culta sociedad Cuencana, y en especial á las familias de los Reservistas de ese Cuerpo, á la importante ceremonia de la bendición y jurá de la "Bandera" de combate, que tendrá lugar el día 23 del presente mes, en la plaza "Abdón Calderón," á las 8 a. m.

No dudan que esta invitación será favorablemente acogida, en prueba del aprecio que se hace de la generosa y patriótica conducta de la juventud Cuencana, en el actual conflicto internacional con el Perú.—Junio 20 de 1910."

Luego después, los jefes de El Universitario, tuvieron el acierto de poner la fiesta bajo la honrosa protección de los connotados patriotas y distinguidos hombres públicos, S.S. D.D. Luis Cordero, Remigio Crespo Toral, Alfonso M. Borrero y Dn. Federico Malo, y de las notables señoritas, Celina Vega A., Dolores Vega D., Inés Fernández de Córdova y Eloísa Peralta; á quienes, para el efecto, dirigióse, en artística tarjeta, la siguiente circular:

"Los suscritos Jefes del Batallón Universitario N° 31 de Reservas, tenemos el honor de solicitar la patriótica cooperación de U., en la bendición y jura de la *Bandera de combate*, que pertenece al Cuerpo.

La imponente ceremonia tendrá lugar el 23 de este mes, en la plaza *Abdón Calderón*, á las ocho a. m., bajo el auspicio del siguiente grupo de

PADRINOS

MADRINAS

S.S. Dr. Luis Cordero,	Sñitas. Celina Vega A.,
" Remigio Crespo T.,	" Dolores Vega D.,
" Alfonso M. Borrero,	" Inés Fernández de Córdoba,
Dn. Federico Malo,	" Eloísa Peralta.

Esperamos de su benevolencia que aceptará nuestra invitación para que el acto tenga el realce debido á la significación de él, y al entusiasmo fervoroso de la juventud patriótica del Azuay.—Cuenca, Junio 19 de 1910.—El Coronel Primer Jefe, A. Muñoz V.—El Comandante Segundo Jefe, Federico Terán Guerrero.—El Mayor Tercer Jefe, L. A. Fernández."

En efecto, á las 9 a. m. del día 23 de Junio pasado, el altivo Batallón 31, elegantemente uniformado á su costa y con marcial apostura, se encaminó á la plaza de armas, colocándose luego frente al vestibulo, profusamente engalanado, de nuestra Iglesia matriz, sitio en que debía efectuarse tan augusta ceremonia. Diose comienzo á la fiesta con una misa de campaña, solemnizada por la concurrencia de lo más selecto de nuestra sociedad y de las principales autoridades del lugar. Pronunciadas

las solemnes fórmulas de ley por el primer jefe del Cuerpo, Sr. Coronel Dr. Alberto Muñoz Vernaza, y el meritísimo Canónigo Sr. Dr. Dn. Nicanor Aguilar, celebrante de la misa, el Mayor Leonardo A. Fernández, tercer jefe de los universitarios, exigió de éstos el sublime juramento de ofrendar la vida en aras de la Patria, y un estentóreo y febril ¡juramos! lanzado por cuatrocientos pechos heróicos, vibró en el espacio como un himno de Gloria, como un eco de los futuros triunfos de la Patria. Después, á presencia del Sr. General Comandante en Jefe de la División del Sur, su Estado Mayor y autoridades militares, se procedió á un desfile de honor ante la veneranda insignia nacional; y en seguida hizo uso de la palabra el aplaudido literato y publicista azuayo, Sr. Dr. Dn. Alfonso M. Borrero, quién logró conmover noblemente los espíritus con los vigorosos y patrióticos conceptos en que rebosaba su notable alocución. Acto continuo ocupó la tribuna el por mil títulos venerable decano de las letras cuencanas, Sr. Dr. Dn. Luis Cordeiro, y, con la genial maestría y el éxito de siempre, pronunció un bien pensado discurso, recitando en seguida una entusiasmadora y bellísima composición al iris patrio. Huelga decir que tan conspicuos oradores fueron ruidosamente aplaudidos.

El público, en general, profunda y gratamente impresionado por el éxito de tan magnífica fiesta, tributó sus más fervientes encomios á los jefes, instructores, oficiales y soldados del admirable Batallón Universitario, y, muy en especial, al benemérito y prestigioso Coronel, Sr. Dr. Dn. Alberto Muñoz V., quien, hoy más que nunca, ha puesto de relieve su

nobleza de alma, su inquebrantable carácter, su acendrado y puro patriotismo y su abnegado amor á la juventud; valiosísimas prendas que, aunadas á su poderoso talento y envidiable ilustración, hacen del Coronel Muñoz Vernaza, una de las primeras personalidades del Ecuador. Mereció también sinceros aplausos el Sargento Mayor Leonardo A. Fernández, por el celo y constancia que ha desplegado en la instrucción del Cuerpo, y por la sagacidad y cultura con que ha logrado captarse las simpatías de la juventud.

Días después, los Padrinos dieron una fehaciente prueba de su reconocida generosidad, ofreciendo al Batallón un espléndido llamado; y en la solemne función literario-musical organizada por el Comité de la juventud, obsequiaron también, en conmemoración de la grata festividad que nos ocupa, sendas tarjetas de oro y plata á los jefes del mencionado Cuerpo.

Para terminar, reiteramos nuestras más efusivas enhorabuenas al gallardo y progresista Batallón N^o 31 de Reservas; y hacemos votos al Cielo para que, siempre que nuestro histórico adversario atente contra el honor y la autonomía nacionales, cuente la Patria con defensores tan intrépidos é inteligentes como los adalides de El Universitario del Azuay. ¡Loor eterno á Cuenca y á su noble y generosa juventud!

El Sr. Dr. D. Alfonso M. Borrero,

Vicerrector de la Universidad del
Azuay dijo:

Audacia y temeridad es, Señores, dirigiros mi desautorizada palabra en esta hermosa fiesta, de la cual conservará un recuerdo imperecedero el Azuay. Sirvanme de disculpa: el alto é inmerecido honor que se me ha discernido nombrándome padrino de la jura de la bandera de combate del bizarro y altivo batallón N^o 31 de la primera reserva: el hecho de haber estado, á pesar de mis deméritos y durante algunos años, en calidad de Vicerrector al frente de los jóvenes universitarios; y principalmente el entusiasmo que hoy reina en todo corazón ecuatoriano en este momento solemne de vida ó de muerte para nuestra querida patria.

Jóvenes azuayos! Habéis trocado el libro por el mánlicher, manifestando así que la Patria no es para vosotros un nombre vano; que estáis listos á derramar vuestra última gota de sangre en aras de élla; y que nuestro secular enemigo, el Perú, encontrará una muralla inexpugnable en vuestros nobles pechos.

Intelectuales é ilustrados como sois, no necesito demostraros la justicia que le asiste al Ecuador en su litigio con la República del Sur sobre linderos. Estos fueron señalados por la espada vencedora del inmortal Sucre en el histórico campo del Portete. La falsía, la mala fé y la doblez que caracterizan al

Perú hicieron nugatorio aquel brillante triunfo, el tratado de 1829 y el Protocolo Mosquera-Pademonte, que fueron la inmediata y natural consecuencia de esa victoria. Sometido después, y en hora menguada, el asunto al arbitraje del Rey de España, llegó ventajosamente á conocerse á tiempo el dictamen de la Comisión permanente del Consejo de Estado, esto es, el laudo arbitral que debía expedirse, en el que se trataba de señalar como límites entre las dos Repúblicas una línea mas tortuosa que la conciencia de los que la imaginaron, y en el que se despojaba al Ecuador de Tumbes, Jaen y gran parte de Mainas, territorios á los que tiene pleno é indiscutible derecho.

La causa del actual conflicto con el Perú, la que ha producido el hermoso y consolador espectáculo de la reunión de todos los ecuatorianos, sin distinción de partidos, bajo los pliegues del glorioso tricolor que simboliza la Patria, es, pues, una causa santa, es la defensa de la integridad territorial, es la defensa de la existencia misma del Ecuador, del primer y fundamental derecho que tiene todo Estado.

Perdida la vasta, fructífera y hasta poética zona oriental, quedaría sacrificado para siempre el porvenir del Ecuador, quedaría éste reducido á una Nación sin ideales propios y sin expansión para lo futuro, á una Nación que estuviera destinada á perecer al andar de los siglos. No podemos, por lo mismo, los ecuatorianos tolerar semejante dolorosa expectativa, sin hacernos reos del horrendo crimen de lesa patria; y es por esto que vosotros, jóvenes azuayos, en cuyas frentes lucen destellos de inteligencia y en cuyos pechos anida el valor, habéis sido los primeros en empuñar las armas para reivindicar nuestro usurpado territorio, para castigar la osadía y el satánico orgullo de los peruanos. Convencido estoy de que el Dios de las victorias no puede negaros una completa contra aquellos. Nada importa que seáis pocos en número. Pocos fueron los trescientos espartanos que con Leónidas á la cabeza defendieron contra un numeroso ejército el paso de las Termópilas. Pocos fueron los boeres, y mantuvieron á raya, durante lar-

go tiempo, á la reina de los mares, á la orgullosa Albión.

Padres de familia! Debéis estar orgullosos de vuestros hijos; debéis recordar el ejemplo de Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, quien, encargado de la defensa de la plaza de Tarifa, sitiada por los moros al mando del infame D. Juan, hermano del rey de Castilla y León, D. Sancho IV, el Bravo, arrojó desde las murallas el puñal con que debía ser sacrificado su hijo, que había sido tomado en rehenes por el traidor infante con el objeto de que Guzmán el Bueno entregase la plaza al sitiador. El niño fué sacrificado por el bárbaro D. Juan; pero Tarifa se sostuvo, y aquel se vió obligado á levantar el cerco.

Mujeres azuayas! Enjugad vuestras lágrimas, animad á vuestros hijos, imitad la entereza de la madre del mísero Boabdil. Expulsado éste, refiere la Historia, de su hermoso reino de Granada después de la conquista llevada á cabo por los Reyes Católicos, derramaba torrentes de lágrimas, divisando á lo lejos, y por última vez, la poética ciudad asentada entre el Darro y el Genil, cuando se encontró con su madre, la que le dirigió estas memorables palabras: "Miserable! llora como mujer por tu reino que no has sabido defender como hombre."

Para concluir, señores, y sin preciar-me de vidente, abrigo la certeza de que, si se verifica la guerra con el Perú, tendrán perfecta realización los siguientes versos del inmortal cisne del Guayas:

¡ El momento ha llegado
De gloria para el pueblo ecuatoriano,
De mengua y de baldón para el peruano!

Alocución de Luis Cordero

A los Señores Jefes, Oficiales y Soldados del noble "Batallón Universitario" del Azuay, en el solemne, imponente y memorable acto de la bendición y jura de su Bandera de guerra.

(Junio 23 de 1910)

Distinguidos Señores Jefes y Oficiales:

Soldados adolescentes de la Patria:

Desde que se inició para nuestra amada República la grave situación en que todavía se encuentra, habéis oído ó leído innumerables discursos patrióticos, encaminados invariablemente á despertar en el fondo de nuestros corazones el más natural, el más intenso y profundo de todos los sentimientos humanos, el del invencible amor á estas hermosas secciones de suelo y de cielo que, con filial ternura, llamamos *Patria*. Pero tal sentimiento no dormía, y ni siquiera se hallaba amortiguado en el generoso pecho de ninguno de los hijos del Ecuador. Ya veis

cómo se han enardecido todos ellos, con admirable espontaneidad, del uno al otro confín de la Nación, y cómo esperan, con belicosa inquietud, que suene el primer estampido de alguna arma enemiga, en cualquier punto de nuestras amplias regiones del sur, para saltar en el acto á la zona invadida y dejar allí nueva constancia de la manera de batirse de un pueblo Colombiano.

Y vosotros, Soldados adolescentes de nuestra defensa nacional, sois de los primeros que, cambiando por rifles los libros y olvidando las ciencias especulativas de vuestra Universidad, por la positiva, práctica y hoy indispensable, de la guerra, os habéis agrupado en altiva y gallarda falange, manifestando que sois dignos conterráneos de aquel niño incomparable que se inmortalizó en Pichincha. Mañana tornaréis á vuestros libros, ornada ya la frente de merecido laurel, los que no tengáis la envidiable dicha de quedar inmolados en los altares de la gloria.

¡Noble Legión con que la Universidad acude en auxilio de la Patria! vuestra marcial actitud es y debe ser elogiada por cuantos la contemplan. Los que aspiraban á la honrosa muceta del doctorado, visten de repente el atavío militar; empuñan resueltos el arma; traen ante las aras del Dios de los Ejércitos su bandera de justo combate; reciben, junto con ella, la solemne bendición del Altísimo, para la noble y obligatoria defensa de la dignidad y del derecho, temerariamente amenazados, y asumen el sereno continente, la varonil apostura del atento centinela que atisba los menores movimientos del campo circundante, para lanzar la voz de alarma, á riesgo de caer luego, víctima del primer disparo enemigo, cumpliendo con la inflexible consigna de sacrificarse por la Patria.

Puede ser, Jóvenes amigos, que los albores de la paz, demasiado tenues hasta la hora presente, cobren luz más intensa que la de este como crepúsculo de pacificación y quietud. Puede ser que, vencidas algunas serias dificultades, lleguemos á fraterno transacción con nuestro exigente, inconsiderado y voluntarioso vecino; puede que, como algunos pa-

triotas opinan, nos venga un fallo medianamente aceptable de parte de aquel mismo juez cuyos extravíos los consejeros le sugerían la más estrafalaria é injurídica de las sentencias: puede, por fin, que los caballerosos Gobiernos mediadores acierten á excogitar alguna fórmula de conciliación y avenimiento, que, con plena libertad, acepten las Repúblicas contendoras ¡Plegue al Cielo que de cualquier modo arribemos á una solución que salve por completo nuestro decoro nacional, y no mutile, y no empequeñezca y degrade, á una de las primogénitas de Bolívar, hasta convertirla en Andorra de los Andes!

Pero este laudable deseo del patriotismo ecuatoriano, y quizá también de nuestros más cuérdos enemigos, apenas puede asumir hoy el vago carácter de una débil esperanza, atenuado recientemente por la súbita noticia (ojalá desprovista de fundamento) de haber surgido en las comarcas amazónicas una entidad política nueva, que tiende á formarse á costa de uno de nuestros amigos mediadores y á expensas, también, de nuestro poco previsivo adversario, y tal vez con algún perjuicio nuestro. Se teme, por otra parte, que sucesos como éste turben la humanitaria labor de las Cancillerías amigas y dejen nuestra odiosa contienda en el mismo pie en que va aproximándose ya á su primer centenario. De aquí proviene, Señores, que nuestro Gobierno, sobre cuyo recto proceder actual no cabe discusión, conserve formados y en constante disciplina los cuerpos militares con que, en caso de guerra, ha de mantener la honra y los intereses del Estado. Si ha dispuesto que se retiren los que vigilaban la frontera, lo ha hecho por insinuación de los mencionados amigos; mas esto no impedirá que, al ser audazmente agredido el territorio nacional, en un paraje cualquiera del sur, caiga de improviso sobre los invasores cuanta fuerza fuere necesaria para duplicar la gloriosa página de *Tarqui*.

Por eso no volvéis todavía, inteligentes y cultos jóvenes, á los tranquilos claustros de vuestra abandonada Universidad. Estáis de facción, como creo que en la milicia se dice. Veláis actualmente las armas, á estilo de los caballeros de la edad media y

aguar-láis á que, desde las almenas meridionales de la cordillera ecuatoriana, se anuncie la siniestra aparición de gente enemiga, para precipitaros á su encuentro.

Complaceos, Soldados del Derecho, con la convicción de que sois sobremanera simpáticos para la agradecida República, con la satisfacción de servir bajo el mando de un Jefe benemérito, que así puede serlo de vosotros en lo militar como en lo civil ó literario; con la persuasión de que vuestros demás jefes y oficiales son no menos dignos del cargo que ejercen, y finalmente, con la grata consideración de que tenéis un número inmenso de camaradas; pues la República toda es un vasto campamento donde milita la totalidad de los ecuatorianos, desde el niño que ya puede levantar el fusil hasta el anciano capaz de tenderlo todavía con pulso firme, para no malograr el disparo.

Y es muy conveniente, y es de absoluta necesidad que así sea; pues no podemos ni debemos permitir que pase la crisis de la época actual, sin que en ésta queden definitivamente resueltas la existencia, ó la desaparición honrosas, de nuestra nacionalidad independiente, altiva, libre y soberana. ¡Hemos llegado ya al límite extremo, al término improrrogable de la vieja contienda!....

Ahora permitidme apostrofar á vuestra preciosa Bandera de combate.

¡Símbolo hermoso y sagrado
de nuestra Patria querida,
la Juventud más lucida,
valerosa y decidida,
jura tenerte encumbrado
mientras le dure la vida!

¡Iris santo en la bonanza,
centella en la tempestad,
en tí cifra su confianza
y entre mil fuegos avanza
todo el que blande una lanza
por Patria ó por Libertad!

¡Soberano Tricolor,
nuncio de guerra y victoria,
sé el guía, sé el protector
del impávido Ecuador,
y hazlo heroico vencedor
en los campos de la gloria!

¡Sacra insignia colombiana,
la pomposa, la galana,
en tus brillantes matices,
de jálde, zafir y grana,
claro está lo que nos dices,
para el triunfo de mañana!

Oro, con que los valientes
compreñ armas para el duelo;
invocaciones fervientes
á la justicia del *Cielo*,
y *sangre*, sangre á torrentes,
que redima al patrio suelo.

¡Lábaro de tres Naciones,
que, cual cometa errabundo
de misteriosas regiones,
inflamaste corazones,
para lanzar tus legiones
á libertar medio mundo!

¡Estandarte del mayor,
del excelso y eminente
Capitán del Continente,
lle va, siempre triunfador,
por la ruta del honor,
la bravura de tu gente!

Si por iris de la paz
no te acepta un enemigo
ciego, injusto, suspicaz,
temerario y pertinaz,
¡tú el relámpago serás
del rayo de su castigo!

Velada patriótica del 3 de Julio

Este solemne acto público, consagrado por la provincia del Azuay á la Patria, no pudo resultar más espléndido, pues para llevarlo á cabo se dieron cita las intelectualidades más culminantes del país y los más célebres artistas con que cuenta nuestra provincia.

Atinadamente dispuesto todo por el Comité Patriótico de la Juventud, que presidida por el Sr. Dr. Don Miguel Cordero Dávila, agotó sus esfuerzos para que la función resultase á la altura de su noble objeto, se anunció al público la realización del acto por medio de la invitación correspondiente, que fué distribuída con profusión entre el pueblo, sin perjuicio de que el Comité insinuase á las familias más respetables de esta sociedad la complacencia con que vería la Corporación el cumplimiento de un deber tan sagrado para con la República, cual era el de honrarla mediante la asistencia á la Velada que le estaba dedicada.

El público cuencano, siempre benévolo y dócil, así como entusiasta y decidido por cuanto

se relaciona con la causa nacional, acogió con inenarrable júbilo la invitación de la Juventud y se aprestó para acudir solícito al llamamiento que se le hacía en nombre de la Patria.

Efectivamente, el día 3 de Julio, por la noche, una muy numerosa y escogida concurrencia invadía los claustros del local de la Escuela de los Hermanos Cristianos, convenientemente dispuesto por el Comité, mediante penosos esfuerzos, para que tuviese lugar el acto público patriótico.

El espacioso local hallábase adornado con vistosos gallardetes formados por los pabellones del Ecuador, Colombia, Chile, Venezuela, y Bolivia, naciones á las cuales se quería rendir homenaje conjuntamente, como que juntas simpatizan por la causa de nuestro vulnerado derecho. El abundante alumbrado, vistosos festones y más adornos que se ostentaban en aquel lugar, le daban un aspecto imponente y plenamente adecuado para servir de teatro á la interesante brega patriótica que en él iba á desarrollarse.

El acto dió comienzo á la hora señalada, en la cual fué abierto por el Presidente del Comité Dr. Cordero Dávila, en unión de quien formaban el cuerpo de honor de la función los Vocales del Comité y los distinguidos oradores que debían hacer uso de la palabra.

Una vez iniciado, la banda del Batallón "Quito" rompió con la obertura, magistralmente ejecutada, bajo la batuta del hábil profesor señor Vázquez. Luego los eximios maestros, señores Rodríguez y Paula ejecutaron en piano la *Bohemia* de Becucci, arrancando repetidos aplausos, y en seguida el Presidente del Comité patriótico, Dr. Miguel Cordero Dávila

ocupó la tribuna, dedicando él la Velada á la Patria Ecuatoriana y á sus nobles hermanas las Repúblicas de Colombia, Chile, Venezuela y Bolivia en los siguientes términos:

Señoras y Caballeros:

Henos aquí, congregados al sacrosanto conjuro del patriotismo, para entretejer una áurea corona que Cuenca quiere agregar á las muchas é inmarcesibles que tiene ya depositadas en el sagrado altar de la República. Vuestros corazones, como el mío, palpitan al unísono acorde de la defensa de nuestros inalienables derechos y de la conservación incólume del venerando territorio de la Patria, y esta común aspiración ha determinado este brillante torneo, en que la belleza de nuestras damas, los cantos de nuestros poetas, las liras y pinceles de nuestros artistas y las espadas flamígeras de nuestros aguerridos militares, se han dado cita, para entretejer la imperecedera guirnalda con que la ciudad de Calderón ciñe las augustas sienes de la Nación Ecuatoriana.

En estos solemnes, momentos, en que colocamos el corazón en el arma, para hacerlo estallar como vengadora metralla sobre los pérfidos descendientes de los derrotados del Portete, nosotros, que tenemos la privilegiada suerte de conservar en nuestro suelo azuayo el monumento de gloria que la naturaleza levantó sobre bases de mármol, para digno pedestal de la victoria de Colombia, somos responsables á la República del puesto de honor que el Cielo nos ha confiado, al colocarnos como centinelas avanzados del Sur de nuestra Patria, y, para defenderlo, hemos compartido nuestros tercios, como aguerrida hueste, consagrándolos á las múltiples labores del patriotismo previsivo, hasta que el toque de generala nos mande congregarnos bajo el lábaro tricolor, junto á nuestros hermanos, que revestidos ya de la fuerte armadura de Marte, tienen la envidiable dicha de sentir sobre sus altivas frentes las primeras caricias del Iris bendito de la Patria, al ser agitado por el huracán de la tormenta.

El Azuay, que en 1829 mereció justos aplausos del Vencedor en la Campaña de Treinta días, del inmortal Sucre, no ha sido indiferente un solo instante al peligro de la Nación, y ahí lo tenemos, dignamente representado en bizarros tercios de nuestro denodado ejército: el Batallón que

se ufana de llevar el nombre del Héroe-Niño de Pichincha, casi señorea nuestra frontera del Sur, y, arma al brazo, quizá sea el Cuerpo afortunado que primero salude al invasor con las dianas de Tarquí!... El que forman nuestros intrépidos y resueltos obreros, fortifica su comprobado valor, contemplando aquel nudo de nuestras cordilleras que aún resplandece con los relámpagos del fuego vengador de Colombia la Grande y donde el eco de victoria discurre perenne, repercutiendo en sus quiebras y en los fastos de la Historia; y aquí... el que forma esa legión gallarda é irresistible que el patriotismo arrancó á Minerva para ofrendársela á Marte, se apresta como un cuadro de espartanos para marchar cual nube de tempestad allá, á donde el plomo vengador deba congelar la vida en las venas del enemigo que hollare nuestro suelo. El Taller, el Colegio, la Universidad, el Foro, las Letras y hasta la dulce Poesía, han empujado sus nobles grupos á las filas impertérritas de los defensores de la Patria; y en los hoy desiertos santuarios de la Ciencia y del Arte, resuena el eco de guerra, como la poderosa voz de un pueblo que siente heridos su decoro y sus más sagrados y vitales intereses.

Vais á contemplar, Señores, el hermoso homenaje que en esta noche rinde el Azuay á la Patria, ya en los cantos de sus vates, que nos traen al recuerdo los del inmortal Simónides, cuya lira de oro vibraba en medio de la borrasca, con notas de trueno; ya en las obras pictóricas y musicales de sus artistas, cuyas paletas copian los campos de la gloriosa contienda histórica y cuyas arpas reviven el eco de imperecedera diana al través de diez y seis lustros, para enservorizar el patriotismo, en esta tierra bendita en que no sólo disparamos fuego sobre el enemigo con el fusil del adalid, sino también con el estro divino del bardo y de los mimados de las Artes Bellas, mientras nos señala el derrotero de la victoria, la Patria misma, encarnada, por admirable metempsicosis, en la mujer azuaya, verdadero tipo de abnegación y de sacrificio en el momento supremo. Ya vais á ver, Señores, el campo de la liza patriótica, donde se cruzan plumas y espadas, lirás y paletas para formar la cota de malla que resguarde los fueros de la República, y en esta lucha, incruenta pero real, sabréis asignar el puesto de supremo honor á la mujer azuaya, tan sensible á los impulsos del patriotismo, como resuelta al sacrificio en aras de la causa nacional.

La presente crisis, de vida ó de muerte para nuestra nacionalidad, ha entrado en un período nebuloso y quizá nada halagüeño, pasado el cual, no es dudoso que volvamos al estado primitivo, esto es, al *casus belli*, al conflicto

mismo, sobre el cual las bizmas diplomáticas van pareciendo de reconocida ineficacia. En semejante situación, bien sabemos los ecuatorianos la conducta que nos toca observar, conducta que no ha de ser nunca indolente, cuando el tradicional enemigo se agazapa en las accidentaciones de canchillería, para darnos quizá el zarpazo mortal; sino, que, por el contrario, esta ficticia tregua nos ha de proporcionar el indispensable tiempo para prepararnos debidamente al conflicto armado, en el cual hemos de perecer todos *al aire libre y con el fusil al brazo*, en defensa de nuestra dignidad de nación soberana y autónoma.

Compatriotas! no obstruyamos nunca las posibles gestiones de una paz que nos sea decorosa, pero sigamos con astucia las arterias diplomáticas de nuestro usurpador, á fin de no caer en sus redes maquiavélicas inconscientemente. Gestiónese por la paz; pero los ciudadanos velemos, entre tanto, por la guerra, para preparar el mismo advenimiento de aquella, según la histórica frase romana.

A estimular, aún más, si cabe, el patriotismo de esta importante sección de la República y á acrecentar con vuestros generosos donativos el fondo de la defensa nacional en esta provincia, dignamente representada por su Honorable Junta Patriótica, hemos encaminado la presente Velada que, como testimonio de leal confraternidad internacional, la dedicamos á vos

“Ecuador, Patria querida
por cuyo amor es poco dar la vida,”

y á vosotras, generosas y nobles Patrias, del inmortal Bolívar y del invicto Sucre—del aguerrido O’ Higgins y del heroico Carreras—del valeroso Córdova y del excelso Ricaurte—del egregio Santa Cruz y del bravo Ballivián. ¡Que vuestros tricolores flameen juntos en la contienda con el enemigo común, con la misma altivez con que le obligaron á besar el polvo en Tarqui y en Miraflores, en Chorrillos y en Ingavi!

Al concluir su discurso el Dr. Cordero Dávila, con el apóstrofe del caso á las Naciones dedicadas, se descorrió el telón del hermoso proscenio que se había formado, y en él aparecieron en actitud emocionante y artística los cinco estados representados por las bellas se-

ñoritas Isabel Tamariz T., que hacía de Ecuador, Julia Ordóñez M. de Colombia, Julia Muñoz de Venezuela, Inés F. de Córdova de Chile y Lastenia Muñoz D. de Bolivia. Cada una de tan espirituales señoritas, vestía con el tricolor de la Nación respectiva, formando en conjunto el precioso cuadro alegórico inicial, cuadro que fué saludado con hurras y vítores frenéticos por la ilustrada y entusiasta concurrencia. En tanto, los majestuosos acordes del Himno Patrio repercutían por los ámbitos del local, contribuyendo á personificar aún más si cabe, el alma de nuestra República, por cuyos lesionados derechos latían al unísono todos los corazones, y á la cual estaban ofrendadas todas las voluntades.

Luego, las habilísimas y distinguidas señoritas María Victoria y Mercedes Pozo T. con asombrosa maestría, ejecutaron en piano y violín la afamada pieza de Caballero, intitulada *El Salto del Pasiego*, la cual, inútil es decirlo, hizo estallar en aplausos á los oyentes.

Al egregio vate Sr. Dr. D. Remigio Crespo Toral, le correspondió ocupar en seguida la tribuna patriótica. La figura sola de aquel hombre ilustre emocionó vivamente al público, que prorrumpió en un estruendoso saludo de hurras á quien es, con sobrada justicia, una de nuestras más brillantes glorias nacionales. Establecida la calma en el auditorio, el incomparable bardo entonó en versos de acero y con olímpica arrogancia la admirable poesía siguiente, mientras en el escenario se alzaba airosa la imagen adorada de la Patria, representada por la misma distinguida señorita Tamariz T.

La Canción de la Bandera

¡Cantad, nobles ciudadanos,
Cantad, falange guerrera,
al cielo alzadas las manos,
como buenos, como hermanos,
la canción de la bandera....!

Vieja España, pecho de oro,
que te rasgaste las venas—
único hermoso tesoro—
para salvar tu decoro
de las huestes agarenas;
la de las rubias espigas,
la de purpúreos racimos;
tú, que tras rudas fatigas,
tuviste frutos opimos
de cien tierras enemigas;
tú que hidalga derramaste
en todos los continentes,
el oro que a otros ~~A~~ quitaste
y la sangre que arrancaste
de tribus, pueblos y gentes;
en portentosas edades
que absorto el mundo venera,
cuando eran inmensidades
montes, mares, soledades,
donde paseó tu bandera;
el Amo y el Dueño fuiste
de la tierra americana.
Pero, si vencer supiste,
el arte no conociste
de ser reina y soberana.

¡Ah! porque en el mundo nuevo,
en que aún tu esperanza fincas,
trocóse el noble renuevo
en el codiciado cebo,
¡el del oro de los Incas!

Y de aquella estirpe ilustre
de Cortés y de Pizarro
no quedó el antiguo lustre:
¡el oro tornó al guijarro!

Y la espada vencedora
que á Dios concederte plugo,
del mundo madre y señora,
fué tu gloria y nuestro yugo.

Entonces, como leones
desde la encumbrada Quito,
cien hidalgos corazones
lanzaron al mundo el grito;
que desde el Darién al Cabo,
llevó el nuevo regocijo,
la libertad del esclavo
la emancipación del hijo.

Al ir mustio descendiendo
tu sol á ocaso sombrío;
súbito, un genio estupendo,
tras un batallar horrendo,
te arrebató el poderío,
cuando tu imperio acababa
en honda desolación,
y te plañían, esclava,
la campana y el cañón.

Bolívar, el arrogante,
que cuando España rendía
la cerviz á otro gigante,
él, con su acero triunfante,
á la raza redimía.

Y la libertad proscrita
de España, trajo á esta tierra,
do por él se dieron cita
con la Victoria la Guerra.

Y fué Colombia, la hermosa,
la que el Héroe engendró, un día,
con la sangre generosa
de la latina osadía.

¡Colombia, cuya belleza
fingió el Genio en su delirio;

dechado de gentileza,
y hermosa por el martirio!

Para esa, de sus desvelos,
trajo la mente guerrera
un pedazo de los cielos;
¡y fué su hermosa bandera!

Y así, entre tu sangre mora
y el oro de tu codicia,
¡España conquistadora!
puso el azul de la aurora
la Soberana Justicia!

Aurora de cien naciones,
de España nuevos hogares,
que llevaron cien legiones,
con cien heroicos pendones
por valles, montes y mares!

¡Cantad, con trompa sonora,
y su eco llegue á la esfera,
en cien lides vencedora,
la canción de la bandera!

Dorada como las mieses
y rubia como los soles,
dulce calor de los meses,
tinte de los arboles.

Azul como las alturas,
azul cual los vastos mares,
azul como las llanuras
de los campos estelares.

Y roja como la llama
que los volcanes encienden,
roja cual rubor que inflama
el rostro que no se infama
con ósculos que se venden.

¡Somos libres! somos dueños
de la tierra que pisamos!
El oro de tus ensueños,
el de tus locos empeños,
¡España, lo recobramos!

Hoy tras un siglo de Historia,
siglo de heroica paciencia;
¡otra vez, auras de gloria!
¡otra vez, la independencia!

Que aquí un espurio heredero
de la olvidada Castilla,
de los libres el postrero,
el que ante el poder ibero
dolió hasta el fin la rodilla;
tenaz quitarnos intenta,
en nombre de los Virreyes—
de que dimos buena cuenta—
el suelo que nos sustenta
y el hogar de nuestras leyes.

Es la extranjera codicia
que, en las tumbas coloniales,
los fantasmas acaricia
de ilusiones señoriales.
Mas, la Divina justicia,
que guarda nuestros umbrales,
la abierta cumbre nos muestra
de la lid y del derecho:
¡somos ya una sola diestra
y somos un solo pecho!

Mancebos! á las campañas,
á la heroica resistencia!
¡De nuevo, locas hazañas,
de nuevo, la independencia!

Pendón del iris tremolas
en las crestas de los montes,
sobre las marinas olas,
y juntas los horizontes
con la cinta que arrebolas!

Que ya súbito fulgura
el iris con sus colores
en la risueña Imbabura
y encima de la llanura
do el Azuay se aduerme en flores.

La invencible Venezuela,
la de los héroes, como antes,
desde el vasto golfo, vela.

Nuestra independencia ceda
la madre de los gigantes.

Y Colombia nunca muerta—
el cerebro, el corazón
de la América— despierta,
por la Libertad alerta,
verbo de la Redención.

Bolivia, que sabe donde
la cuna está de su historia,
con sus clamores responde
á nuestro clamor de gloria.

Vuelve á abrirse la áurea senda
á las grandiosas jornadas.
¡Es la edad de la leyenda!
Para la épica contienda
ya fulguran las espadas!

Ritmo de un nuevo poema
sobre las cuerdas se agita.
Cubre el cielo nuestro emblema:
¡Es la grandeza suprema
y Colombia resucita!

Colombia la prodigiosa,
hija de Dios y del Genio,
que en la lucha portentosa
de un mundo hizo su proscenio.

¡Sean las diestras acero,
sean las liras espada,
sea el último primero,
el plebeyo caballero,
victoria toda jornada!
Y cada risco un baluarte
y diamante todo pecho,
todo lienzo un estandarte;
y puedas regenerarte,
¡tierra de nuestro Derecho!

Ya guerreros, ciudadanos;
en la pampa y en la sierra,
otra vez, por vuestras manos,
luzca el rayo de la guerra.

Somos nobles descendientes
de esa estirpe de valientes,
que en veinte años de campañas,
conmovieron las montañas—
pasma de los continentes:
los que libertad gritaron,
los que por ella murieron,
los que para ella triunfaron,
y á sus rivales la dieron—
á esos que la mancillaron.

El pecho á la acometida!
¡Quiérello Dios! la conciencia,
yérgase altiva y herida!
¡y de nuevo, muerte ó vida!
¡de nuevo, la Independencia!

Y á una voz las voces todas,
y en un solo corazón,
para las bélicas bodas,
al retumbar del cañón;
¡cantad, gente ciudadana,
cantad, falange guerrera,
la música soberana:
la canción ecuatoriana,
la canción de la bandera!

El vate azuayo, digno rival de Simónides,
descendió de la tribuna entre una salva de
aplausos, habiendo sido interrumpido repetidas
veces durante el curso de su declamación poé-
tica.

El distinguido profesor Pauta, ocupó lue-
go la atención pública con su magistral com-
posición musical, intitulada la Bandera Nacio-
nal, la que, con letra del distinguido poeta Sr.
Dr. D. Luis Cordero, fué cantada á duo por
los maestros J. Saquicela y A. Pauta, cuyo
desempeño correspondió á su merecido presti-
gio en el arte de Bellini.

Terminada la orquesta, apareció en la esce-

na el Cuadro vivo del Batallón Universitario en campaña. Los bizarros jóvenes de tan distinguido Cuerpo, justa honra del Azuay, desempeñaron lucidamente su número, llevando á debido efecto el aparato militar del caso y entonando á la vez la hermosa composición *¡A la lid!* de nuestro profesor don L. Pauta.

Del mismo Batallón Universitario, á la cabeza de una de cuyas compañías se encuentra sirviendo á la República, se destacó el laureado poeta, Capitán Dr. D. Luis Córdery Dávila, quien con el uniforme de campaña asomó en la tribuna y pronunció la siguiente bella poesía á Chile, apareciendo en el proscenio aquella nobilísima República, figurada por la notable señorita Fernández de Córdova:

Chile

¡Lira por Marte forjada,
Al temple de sus aceros,
Lira con alma de espada,
En esta augusta velada,
Dame tus himnos guerreros!

Que vengo á cantar ahora
Del grande pueblo fecundo
Que en su sangre redentora
Gloria y virtud atesora
Para ornamento de un mundo.

De aquel que, el sol ya menguado
De España echando en la fosa,
En su pabellón sagrado
Prendió la Estrella gloriosa
Que una centuria ha alumbrado.

De aquel que, en la paz austero,
Fecundizó la victoria,
Trocando en reja el acero
Y en espigado venero
Los laureles de la gloria.

De aquel que con entereza,
Supo aplastar la cabeza,
A la peruana serpiente
Que con taimada vileza
Osó clavarle su diente.

De ese pueblo de hechos grandes
Cuya águila altiva y fiera,
En vencedora carrera,
Anda á regar por los Andes
La lumbré de su bandera.

¡Perdona, Chile, perdona
Si no es sublime el acento
Que en tu loor mi musa entona,
Ya que á lo menos pregonar
Léaltad de sentimiento!

Yo, que no fui derrotado
En las justas de la lira,
Me siento ahora embargado
Por el afecto sagrado
Que tu grandeza me inspira.

Para ensalzar tu bravura,
Tu virtud, tu poderío,
En artística hermosura,
Fáltóle calma y holgura
A este pobre canto mío.

Es flor de un día, brotada
No en las Arcadias silentes,
Sino entre férrea algarada,
En la militar morada
De cuatrocientos valientes. (*)

[*] Alúdese al cuartel del Batallón Universitario, donde fué escrita esta poesía, pocos momentos antes de ser declamada; sirva ello para atenuación de los defectos en que abundare, que no para el encarecimiento del escaso mérito que pudiere tener.

Mas ¡Chile! nada me abate;
Tú sabes que, en paz ó en guerra,
Como parche de combate,
A compás del tuyo late
El corazón de mi tierra.

De esta tierra ecuatoriana
Que, en placeres y en dolores,
De tu lealtad se ufana,
Porque á su Portete hermana
Chorrillos y Miraflores.

De esta tierra donde un día
Surgió ese fuego secundo,
Que supo hacer á porfía
Pavesas la tiranía,
Y las cadenas de un mundo.

De esta tierra á quien impide
La mano darse contigo
El pueblo que nos divide:
Ése que á los dos nos pide
Nuevo y eterno castigo.

Pero callemos; la lira
Debe trocarse en espada,
Si amor de Patria la inspira;
Pues toda lucha es mentira
Si no es lucha ensangrentada.

¡Juremos, sí, Pueblo hermano,
Que de la andina cadena
Serán blasón soberano,
El cóndor ecuatoriano
Con el águila chilena!

En seguida, los vibrantes acordes del piano arrojaron á la concurrencia, pues en él ejecutaba con la conocida maestría la *Estrella Confidente* de Robandi, la espiritual señorita Rosario Arízaga T., quien cosechó una vez más los aplausos del público.

Como para cerrar con llave de oro la primera parte del programa de la Velada, apa-

reció en el escenario el cuadro vivo de la Cruz Roja, en el cual tomaron parte, para hacerlo consumadamente perfecto, las hermosas señoritas siguientes:

Isabel Tamariz T., representando al Ecuador en actitud doliente pero altiva, al contemplar sus hijos sacrificados por la noble causa de la Patria; Rosario Carrión Malo, simbolizando la Gloria que, con coronas de laurel, ceñía las frentes de los noblemente caídos en el campo del combate; Victoria Crespo, que figuraba la Fama, pregonando por los ámbitos del mundo los nombres de los heroicos defensores del territorio patrio; y en el campo mismo de la acción, que se hallaba admirablemente copiado en la parte anterior del proscenio, las notables señoritas Celina Vega, Rosa Crespo V. y Francisca Vega T. hacían lucidamente el papel de Hermana de la Caridad, la primera, y de Ayudantes de la Cruz Roja las otras dos, secundadas en la realización perfecta del cuadro por los jóvenes Srs. Alberto Muñoz B. y Tomás Vega T., que hacían el papel de heridos, y Luis Heredia C. el de Cirujano. Este cuadro, altamente conmovedor, emocionó al público, en quien las fibras del patriotismo se robustecían aún más, si cabe. Durante su representación, el respetable y afamado profesor Rodríguez ejecutaba en el piano su marcial Himno guerrero, el que era también cantado por un bien formado coro. La terminación de uno y otro número arrancó nuevos y atronadores aplausos á los concurrentes.

Durante el intermedio de quince minutos, que dividía las dos partes del programa, la justamente afamada banda del Batallón "Quito," ejecutó la Polka original del Sr. Luis Here-

dia Crespo, intitulada "Hebras doradas"; pieza que mereció á su autor una justa aclamación, por la novedad de su estilo musical.

Con la magistral *Carmen* de Biset, ejecutada en violín, violoncelo y piano, por los profesores Salvador Sarmiento, Jesús Saquicela y Rafael A. Sojos, se inició la segunda parte del acto público patriótico; y no bien habían cesado los acordes musicales, cuando se presentó en la tribuna el Sr. D. Agustín Cuesta V., delegado de la Universidad del Azuay al Congreso de Estudiantes de Bogotá, y uno de los jóvenes literatos más distinguidos de nuestro suelo; quien, en estrofas sonoras y rebosantes de entusiasmo, saludó á Colombia, que aparecía en el proscenio, representada por la bella señorita Julia Ordóñez M.

Colombia

¡Colombia! quién tuviera para ensalzar tus glorias
la voz con que te cantan el Chiles y el Cumbal?
Para entonar mi estrofa, Colombia, quién me diera
del limpio Tequendama la cuerda de cristal?

Señora, aunque eres grande, cantarte mi arpa quiere;
no importa que se pierdan los ecos de mi voz.
¿Acaso en el gorjeo del ave desdichada
no escucha sus loores la majestad del sol?

Ceñida de laureles, hermosa soberana,
la gloria excelsa guía tu paso al porvenir;
al rol de las naciones te uniste como grande,
con paso gigantesco coronas el cenit.

Tu trono son los Andes. El iris de los cielos
formando tu bandera, te sirve de dosel;
y cítaras y espadas, y plumas y pinceles
cual límpidos topacios recaman tu escabel.

¿No ves esos luceros que surcan el espacio
dejando en su camino los rastros de la luz?
Colombia, son tus bardos, los genios de tus selvas,
jaquellos que nacieron con alma de laúd!

Aquellos que cantaron en lirás de diamante
tus glorias y tu inmensa belleza tropical:
los Caros y los Pombos, los Núñez y los Pérez
Vergara y Arboleda, Mejía y Escobar.

Alondras que en gorjeos rimaron tus idilios
son Vargas de Tejada, Gutiérrez y Guarín;
son Silva, el de las *Sombras*, y el bardo infortunado
de la inmortal *María*, la bella, la infeliz....

Palomas que del cielo trajeron á tus valles
la dulce poesía que inunda en el Edén:
tu mística Castillo, tu apasionada Flores
Samper, la soñadora, la lírica Verbel.

¿Y aquellos que recorren con alas rumorosas
cual cóndores audaces el mundo sideral?
son genios peregrinos, del Arte y de la Ciencia,
son genios que pasaron soñando en un ideal.

Nariño tu lumbrera, tu historiador Restrepo,
tu pluma de oro Cuervo y tu pincel es Groot;
y Caldas tu geógrafo, patriota y noble mártir,
tan sabio como Arquímedes, severo cual Platón.

¿Qué ejército desfila cargado de laureles
haciendo tu bandera gloriosa tremolar?
Colombia, son tus héroes, tus mártires innumeros,
aquellos que te dieron la excelsa libertad!

Tu trono de sultana vigilan dos leones:
son Girardot, el prócer, y el bravo Santander,
los lauros del martirio de Torres y Baraya
sobre el pendón de Iberia fulguran á tus pies....

¿No ves como destella de Córdova la espada
segando en Ayacucho, Pichincha y Boyacá

los lauros que en tus sienes ostentas con orgullo,
los lauros con que te haces del mundo respetar?

Ricaurte, el legendario suicida, en San Mateo
diciendo está, Colombia, lo heroica que eres tú;
su muerte una victoria, su nombre una epopeya,
su tumba la urna inmensa del infinito azul....

¡Qué grande eres, Colombia! No falta en los anales
gloriosos de tu historia la hazaña femenil:
la invicta Policarpa, con gotas de su sangre
para tu cetro ha dado las chispas de rubí....

Aquí, en la Patria mía, la audacia de tus bravos
de manos de la Gloria guirnaldas arrancó;
y á que el recuerdo graves de esa épica jornada,
¡el Tarqui, todo un monte de mármol te ofrendó!....

¿Acaso no fué tuya la lanza triunfadora
del cóndor del Portete, de Camacaro audaz?
¿Acaso tu ondulante, tu mágica bandera
al invasor no impuso su pabellón arriar?

Colombia! nuestra sangre con sangre de tus hijos
en legendarias luchas unida se vertió;
unidos de la Iberia rompimos las cadenas,
unidos castigamos la audacia al invasor....

Y hoy día que de nuevo los pérfidos aliados
las selvas siempre nuestras, pretenden usurpar;
tu tricolor egregio, se junte al de tu hermana,
la sombra de Bolívar nos guíe á lo inmortal!

Esfumada la grata personificación de la Patria Colombiana, Verdi, en su inmortal *Baile de Máscaras*, fué dignamente interpretado en el piano por la muy hábil señorita Lastenia Chacón, quien se hizo acreedora á un aplauso general.

Al interesante número que precede, siguió la arrobadora romanza *Faro de Luz*, de Anfossi, diestramente cantada por el Sr. José María Heredia Z., al terminar el cual, la escena pre-

sentó la alegoría *Vencedores*, desempeñada por el Batallón Universitario, ejecutándose simultáneamente la composición *Túmbez-Marañón* de nuestro insigne Sarmiento, en piano, á cuatro manos, por el autor y el Sr. Sojos.

Bolivia, la hija postrema del Libertador, apareció luego, personificada por la espiritual señorita Lastenia Muñoz D., saludándola en bien cincelados versos el joven y conocido poeta Sr. Dr. D. Manuel María Ortiz.

Bolivia

La hija de Bolívar, de aquel hombre
vivo en el corazón más que en la historia;
de aquel que al darle el ser le dió su nombre,
como blasón heráldico de gloria.

Nace á la libertad, y su destino
confía del gran Sucre en el mandato.
¡De Sucre que detuvo en el camino
á Lamar, no tan grande cuanto ingrato....!

Grandes tesoros Potosí le ofrece,
rumbo sus ríos, abundancia el suelo;
á la ribera de sus lagos crece,
do se contempla airosa al par del cielo.

Y entre la joven pléyade luciente
de Pueblos que no esquivó la victoria,
con fervido tesón, la floreciente
patria de Santa Cruz marcha á la gloria.

De próceres ilustres heredera,
conoce el arma que en su diestra blande;
del progreso á la meta irá certera,
si del océano en pos traspasa el Ande....

En campos de Ingaví, con fiero alarde,
blandió el acero en victoriosa guerra;
do el cobarde Perú, siempre cobarde,
en la sangrienta lid mordió la tierra.

No está lejano el día! En su coraje
ha de rasgar el suelo del peruano;
y humilde, cual rindiéndole homenaje,
se tenderá á sus pies el oceano....

Si alguna vez en lucha tormentosa
miró su territorio desmembrado;
fue porque alió su estrella victoriosa
con el sol del Perú siempre eclipsado....

Mirad cuál alza ahora sus pendones,
creando gratitud en nuestro pecho;
cuál se yergue, á la par de otras naciones,
en torno á la justicia y el derecho....

Mezcla de fuerza, de ambición y arrojo:
contemplad cuán hermosa su bandera:
riqueza el gualda, sangre heroica el rojo
y el verde el mar que conquistar espera....

¡De los heroicos Pueblos anhelantes
que floten en la lid entrelazadas
las gloriosas banderas triunfantes
de Ingaví y el Portete en las jornadas....!

No suena la hora, sonará mañana:
de la Patria el amor jamás se entibia;
quien á ella se junta es nuestra hermana.
¡Que viva el Ecuador, viva Bolivia!

Al Sr. Rafael A. Sojos, cuyas brillantes dotes musicales son justamente admiradas, le correspondió desempeñar lucidamente el canto y recitado de *Canción Patriótica*, bajo la dirección del renombrado profesor D. Luis Pauta. Este número, por su novedad, fué del agrado del público, cuyas palmas cesaron cuando la *Fantasia Brillante* de Rossellen sobre la Mar-

sellesa, magistralmente ejecutada en piano por la señorita Elena María Rodríguez, vino á arrobarle por algunos instantes, tras los cuales apareció la invicta Venezuela, representada por la señorita Julia Muñoz M.

Al autor de *Aplausos y Quejas*, cuya respetable figura asomó en la tribuna patriótica, saludada por atronadores hurras, le correspondió apostrofar á la inmortal Patria de Bolívar y de Sucre, en versos tan bien templados como la espada de aquellos egregios titanes, cuyo recuerdo, al par del de los demás héroes de la Magna Epopeya, fué evocado por el venerable é inspirado poeta en los siguientes términos:

Venezuela

¡Madre de egregios varones,
siempre que la Historia anhela
pregonar grandes acciones,
saca á lucir tus leones,
admirable Venezuela!

Cuando el Destino, iracundo,
fraguó los sangrientos planes
de la epopeya de un mundo,
puso en tu suelo fecundo
el plantel de sus titanes.

Caudillos de griega talla
cuentas por cientos, por miles:
¿en qué campo, en qué batalla,
entre humo, fuego y metralla,
no hay un Ajax ó un Aquiles?

A nombrarlos no es bastante
mi fatigada memoria.
Otro, que á todos los cante,
búsquelos en el brillante
escalafón de la gloria.

Allí la noble figura
del afamado Miranda
como primera fulgura,
y luego, á la misma altura,
serie de astros veneranda:

Mariño, Rivas, Briceño,
Bermúdez, Plaza, Urdaneta,
Silva, Montilla, Cedeño,
Arismendi..... ¡Vano empeño!
¿Quién su número completa?

Mas, ¡oh Rey de los combates,
que á seis mil hombres alcanzas,
en uno de tus embates,
y los aturdes y bates
con ciento cincuenta lanzas!

Todas tus proezas callo,
gran Páez, y sólo digo
que el Apure fué testigo
de que tomaste ¡á caballo
las naves del enemigo!....

Pero mi Ecuador ¿qué hacía
cuando Colombia tronaba?
—Ya el protomártir había
comprado en matanza impía
la libertad que esperaba.

Diez años después que en Quito
dejó el león carnicero
su nombre con sangre escrito,
dió, en Guayas, el magno grito
León de Febres Cordero,

Y entonces, ¡oh Venezuela!
un cóndor tuyo sublime

sobre nuestros Andes vuela,
y en Yaguachi nos consuela
y en Pichincha nos redime;

Pasa Sucre al mediodía;
acosa á la tiranía
por bosques y por desiertos,
y allá, en un *Rincón de muertos*
sepulta la monarquía.

Vuelve á los alrededores
de Tomebamba, la hermosa;
únese al heroico Flores,
y en Tarqui ataca y destroza
á nueve mil invasores....

Mas tu excelso General,
el Campeador sin rival,
que á lo eterno se levanta,
el que á los siglos espanta,
el que subyuga al destino,

el absoluto, el divino
soberano de la guerra,
á quien propinó la tierra,
por premio á tanta victoria,
todo el néctar de la gloria,
del dolor todo el acibar,
¡Es BOLÍVAR, tu BOLÍVAR,
el asombro de la Historia!

A la última estrofa del ilustre vate, siguió la encantadora pieza *Flores en botón* de Yvanovich, desempeñada diestramente en bandurrias y guitarras por los jóvenes *amateurs* del arte de Bellini, señores Eloy Avila, José M. y Humberto Heredia, Antonio Serrano, Federico Vintimilla y Aurelio Avila, quienes fueron justamente aplaudidos.

Después de tan hermoso concierto, se des-

corrió el telón, para presentar á la vista del público el cuadro alegórico de la Patria y las poblaciones orientales que trata de usurparnos la artera Nación del Sur. Representada la primera por la misma distinguida y bella señorita Tamariz Toral, y las segundas por un lucido grupo de niñas. La Patria se ostentaba en alto y artístico pedestal, extendiendo el Iris sagrado como maternal regazo, en el cual yacían en apropiadas actitudes las poblaciones de-
tentadas. Este cuadro, cuyo desempeño admiró sobremanera á la concurrencia, fué como un golpe eléctrico para el patriotismo herido de quienes lo contemplaron emocionados, aún más si cabe, por el himno *Patria Libre* del decano de nuestros compositores D. Ascencio de Pauta, cantado por el profesor D. Antonio Pauta, miembro de aquella misma artística prosapia.

El discurso final, con el que, como con broche de oro, se clausuró el acto público más lucido que registran los anales cuencanos, fué de cargo del ilustre y bizarro señor Coronel Dr. D. Alberto Muñoz Vernaza, cuya arrogante figura y cuya dicción fluída y correcta deleitaron al auditorio por algunos instantes, durante los cuales la concurrencia estuvo atada como con áurea cadena á los labios del orador. He aquí la magistral pieza del Sr. Coronel Muñoz V.

Señoras y Caballeros:

El hermoso espectáculo que acabamos de presenciar, organizado por la Juventud azuaya con el doble fin de mantener latente el entusiasmo patriótico, y de allegar fondos para la defensa nacional, merecía sellarse con llave de oro, encomendando la clausura del acto á persona más versada que yo en los torneos de la inteligencia y de la palabra.

Pero la benevolencia de mis jóvenes amigos, de mis soldados y camaradas, olvidando mi demérito, ha querido honrar en mí la estimación que les profeso y el amor pasional que siempre me ha inspirado y me inspira la ventura de la Patria; y heme aquí, respetable público, obediente á la suave presión de la amistad, resuelto á coordinar algunas breves palabras al rededor de un tema tan de actualidad, tan expedito, y al mismo tiempo tan proficuo en resultados, cual es el del *patriotismo en el hogar*.

Es un principio universalmente aceptado que el germen de las acciones heroicas y de las grandes virtudes se encuentra en forma más ó menos perceptible dentro del hogar doméstico; de modo que, para hablar en metáfora moderna, podemos decir que el microbio de las futuras eventualidades de gloria y poderío, de abnegación y sacrificio, se inculca en el regazo materno bajo la mirada húmedamente cariñosa de la madre, bajo la mano del padre que acaricia las blondas sortijas del pequeñuelo destinado á consorte de la Fama.

Sería hacer alarde de fatigosa erudición, innecesaria ante un concurso tan ilustrado como el que me escucha, recordar y manifestaros que desde la progenitora de los Macabeos hasta las heroínas del valor greco-romano; desde los místicos torneos de la Edad Media, y el artístico coraje del Renacimiento, hasta la bárbaramente heroica japonesa que se quitó la vida para quitar el obstáculo legal que impedía marchar á su hijo contra el Ruso, enemigo de su patria; la madre, la esposa, es decir la mujer, ha sido en todos tiempos el fecundo origen de los actos más gloriosos, asombro de las edades. Aquí mismo, á poca distancia de donde nos encontramos, en las mismas calles de esta ciudad, allá por 1809, en los albores de nuestra independencia, una mujer á pié, haldas en cinta, camino del Naranjal, el rostro pálido, en el que prevalecían más que los rasgos del sufrimiento, los de una determinación reconcentrada, conducía de la mano á un pequeñuelo de seis años, tras de un grupo de soldados que llevaban agarrotado á un hombre. "Allí va tu padre!"—"Y por qué lo martirizan, mamá?"—"Porque ha querido darnos patria, y cuando tú seas grandecito también combatirás por ella." Pues bien, señores: esa madre era doña Manuela Garaicoa; ese pequeñuelo era vuestro conterráneo Abdón Calderón, y lo restante ya lo sabéis, hasta el sacrificio del noble mancebo en el Pichincha, y el consiguiente surgimiento de la nacionalidad ecuatoriana, de esa misma nacionalidad que pretenden arrebatarlos aquellos de cuyo nombre no quiero acordarme ahora.

La mayor parte de las Naciones, antes de llegar á la

cumbre de la grandeza, han debido pasar por épocas más ó menos largas y difíciles de prueba. Si nuestra amada Patria atraviesa en la actualidad esas horas negras y sombrías de la prueba, porque está predestinada para un porvenir brillante; si son azarosas las circunstancias de la República; si estamos amenazados de males cuyo solo recuento horripila; si estamos obligados á sacrificarnos para evitarlos, el deber de las madres y esposas azuayas, en este solemne momento de nuestra historia, se presenta claro, evidente: ahogar en lo más recóndito de sus corazones las naturales explosiones de la humana sensibilidad, señalar con el dedo la cumbre; y "Excelsior!" esposo mío, hijo mío: Dios lo quiere, la Patria lo exige, yo te lo mando; y entonces veréis surgir una legión de héroes, y desde entonces quedará asegurada la salvación de la Patria y la victoria comprometida á obedeceros.

Si el patriotismo, en circunstancias ordinarias, es la más excelsa de las virtudes cívicas, se convierte en el más sublime de los egoísmos, cuando el territorio nacional se encuentra amenazado ó invadido por el enemigo extranjero; porque entonces defendemos nuestra propia personalidad, nuestras vidas, nuestra honra, nuestra propiedad. ¿Quién ha de permanecer indiferente?....

Ley es del universo mundo que el sacrificio individual ó colectivo preceda y consagre los acontecimientos más trascendentales de la historia. Y si la mujer, en general, está en la obligación de ofrendar los seres más queridos de su corazón en aras de la Patria, lo está muy especialmente la mujer católica; porque para ella el prototipo por excelencia, es la mártir de las mártires, MARÍA, que ofreció voluntariamente á su hijo para la salvación de la gran Patria, la Humanidad.

El ejercicio de las virtudes patrióticas es tanto más exigente, cuanto mayor es la excelencia de la causa que se defiende. Cuando los pueblos, según el enérgico decir del Apóstol que persuadió al Areópago, están á pie firme, ceñidos los lomos con el cingulo de la verdad y armados de la coraza de la justicia, se hallan más dispuestos para emprender en toda clase de acciones heroicas y sublimes. Y en efecto, la historia internacional apenas puede ofrecer una situación tan claramente amparada por la verdad, el derecho y la justicia, como la del Ecuador en la época presente. El criterio más exagerado y descontentadizo no podrá jamás atribuir ni á la prensa, ni al pueblo, ni á los partidos, ni al Gobierno el estado alarmante y peligroso en que nos encontramos. Lo que nos ha reunido en torno de la bandera, no es ciertamente el orgullo nacional, el deseo de injustas reivindi-

caciones, ni una explosión momentánea de patriotismo; lo que nos ha reunido bajo el antiguo Iris colombiano son los ultrajes, las humillaciones de casi una centuria; es el agotamiento de la paciencia virtuosamente sostenida; es la defensa de la honra y de la sacra heredad de nuestros antepasados, conquistada por ellos merced á inenarrables sacrificios; es la propia ley de la conservación futura; es, en fin, la angustia del naufrago que lucha por la tabla que un enemigo cruel y solapado aparta más y más desde la segura orilla. ¿Sería posible, madres ecuatorianas, que en el colmo de esta situación, no arrojarais hasta á escobazos á vuestros hijos, para que acudan al campo donde se deciden los grandes problemas del honor?...

Ochenta años ha que el Ecuador agota sus energías y hasta su altivez, trabajando por la paz, ofreciendo la paz y haciendo concesiones por ella. En el turno incesante de nuestros Gobiernos y de nuestros partidos, todos con unanimidad que les honra han dedicado sus esfuerzos á ese idéntico fin, y nos encontramos sin embargo en el mismo pie que al principio de nuestra organización autonómica: sin fronteras, sin territorio, amenazados, usurpados, y humillados constantemente; es decir sin Patria efectiva.

Sobre todo en el último cuarto de siglo hemos bregado lo que no es decible para llegar á una solución final: hemos acudido en pos de justicia ante un tribunal extranjero, hemos caído en la aña-gaza internacional llamada arbitraje, cuya eficacia, de hoy en adelante, quedará desautorizada para la resolución de las cuestiones que afectan á la soberanía nacional, principalmente si va de por medio un pueblo débil. ¿Qué hemos adelantado? Hoy peor que al principio. Ah, señores, una sola lección hemos aprendido: la historia es la repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y épocas diferentes. Dudábamos antes sobre la afirmación sostenida por muchos críticos de que el oro y el descubrimiento de *El Dorado* fueron el principal móvil de la conquista y colonización de las Américas; y ahora también, para experiencia en cabeza propia, el oro corruptor se interpone en nuestro camino, la venalidad tuerce las sendas de la justicia, y después de veintitrés años de prepararnos para la paz, se nos anuncia por sentencia una declaración de guerra cual jamás se nos había presentado durante esta larga contienda. ¿Serán acaso duros estos conceptos? No lo son, señores, desde que no tendríamos razón de resistir al laudo español, si no podemos manifestar ante las Naciones, que influencias extrañas á los fundamentos de nuestro derecho, á la justicia de nuestra causa, han desvirtuado la obra de la fraternidad que habíamos encomendado á

una jurisdicción extranjera. Ha llegado ya el tiempo de proclamar la verdad, y toda la verdad, y debemos proclamarla claramente, porque sobre todas las consideraciones del mundo se yergue altivo el sentimiento de la honra y el amor por este débil y reducido terruño que llamamos Patria.

No nos es dado oponernos á los acontecimientos providenciales, sino solamente encauzarlos, así como no nos es dado contener con nuestras débiles manos la atronadora corriente de un gran río: si, pues, ha llegado la hora solemne de la solución final, ¡ea, madres y esposas, cumplid vuestro deber y haced que vuestros hogares sean los cuarteles de donde partan los guerreros defensores de la integridad nacional!

Acaso me diréis: ¿por qué venís vos, señor orador, á inculcarnos una verdad no sólo reconocida sino aceptada y aún ejecutada por nosotras? A fé que tenéis razón, nobles matronas; y os aseguro que cuando anoche, en el ensayo preliminar de este espectáculo, ví que acompañabais tranquilas y satisfechas á esos pimpollos de vuestro corazón, á vuestras hermosas hijas, como lo habéis hecho hoy, para solemnizar esta fiesta de la Patria, eché noramala mi desafortunado tema y deduje que no necesitabais de nuevos estímulos para comprobar que el patriotismo y las acciones heroicas tendrán siempre su consagrada cuna en el hogar cuencano.

Dejadnos, pues, ¡oh madres! ¡oh esposas! ascender á las luminosas cumbres de la gloria; pero no con esa voluntad sollozante que entenece el ánimo y causa estremecimientos al valor, sino con esa voluntad imperativa que engendra las resoluciones heroicas. ¡Cuán alegres traspasamos el dintel de nuestros hogares cuando vamos á emprender en obra que haya merecido vuestra antelada aprobación! Satisfechos arriamos el hombro á la faena, y casi siempre el éxito corona nuestros esfuerzos. Si existiere, pues, mujer ecuatoriana que por falta de abnegación y patriotismo nos privara del soldado necesario para el triunfo de la Patria, para la defensa de vuestro honor y el nuestro, entonces ¡oh, madres! ¡oh esposas! nos cerraríais el camino de la gloria y nos obligaríais acaso á precipitarnos por el lúgubre despeñadero que labios católicos no pueden siquiera mencionar. Pero, si cumplido el deber de cada cual, escrito estuviera que la victoria nos niegue sus favores, entonces con la frente levantada, podremos ó podréis apostrofar al invasor extranjero, y repetirle con el poeta:

Cadáveres no más serán tu imperio,
Serás sólo el señor de nuestras tumbas!...

HE DICHO.

Así que el Sr. Coronel Muñoz V. hubo descendido de la tribuna, la banda militar rompió con el himno de nuestra caballerosa hermana, la República de Chile, concluido el cual, la concurrencia se retiró plenamente satisfecha de la lucida ofrenda que el "Comité Patriótico de la Juventud," á nombre del Azuay, acababa de depositar en los venerandos altares de la Patria, para la cual Cuenca guarda el más ferviente culto, traducido ya en los escritos de sus hombres ilustres, como en la abnegación y resuelto patriotismo de su denodada juventud y de sus aguerridos obreros.